



Mercado de la Cebada. (Madrid).

EL SATISFECHO Y EL HAMBRIENTO

■ JUAN CARLOS SANTAMARIA

Entre los vastos lugares de intercambio existe una jerarquía. Mercados y estaciones, frente a grandes superficies comerciales y aeropuertos, conservan para sus objetos (las mercancías, los viajes,) un aura que convoca a los que todavía gustan de la experiencia directa de las cosas. No es un mito, evidentemente, pero del tipo de los que sitúan a los objetos al alcance de una intuición modulada por las emociones, sin otra mediación que ellas mismas. En una estación se trata sobre todo del viaje, no de hacerlo desaparecer en un territorio de espera que busca la apariencia de la inmovilidad perfecta; en un mercado, de las mercancías, no de su ocultamiento

tras la representación de las ilusiones de un ente también inventado, el consumidor. Ambos, en tantos espacios que posibilitan una relación especial con sus objetos, privilegian la mirada. Las miradas, desde todos los ángulos y niveles, de cerca y de lejos, y un tipo especial de mirada.

En la Cebada, un hombre, acodado en la barandilla que delimita el piso superior sobre el amplio hueco, mira durante largo tiempo. Le miramos y, si cerramos los ojos, hay el rumor constante, sobre todo la sensación de vacío bajo las bóvedas y su trasto sonoro, que es lo que nos había llevado a comparar mercados y estaciones. Pero, al igual que en aquéllas, hay que volverlos a abrir enseguida, en

caso contrario el rumor se haría más hondo, nos arrastraría hacia atrás, al silencio, a la oscuridad bajo las bóvedas o a la luz nocturna de la gran cristalera semicircular orientada al norte.

Desde arriba no se ven con precisión las mercancías, sólo los establecimientos y el deambular de la gente, pero el hombre, que en su mirada suma la de ciertos niños sentados en las escaleras o en el suelo, cerca de los puestos, que no se sabe qué miran pero sí que ven más, ha cerrado los ojos y seguro que busca el vértigo del rumor, que blandamente recubre el rugido de algún cierre o la advertencia estridente de un pescadero sobre su mercancía. Ve, como nosotros hace un instante, la gran medialuna grisácea sobre las escaleras, las aberturas en forma de celdillas que traspasa una luminosidad fría. Pero no es eso, compartimos con el hombre la exigencia de otra cosa ahora que todos los ruidos del mercado se han fundido en un silencio... Bajar hacia las cosas, a las construcciones alzadas con latas o naranjas, a las rugosas superficies de grasa blanquecina.

A la luz de los focos, las bombillas encendidas sobre las mercancías delimitan un campo del que la atención no puede despegarse. Desde un extremo a otro los colores se alternan, se encienden, decrecen, se oponen y se anulan. Afuera, está la noche, qué importa, más allá son los límites, como en esas vastas superficies nevadas, cercadas por un cielo violeta, que sin embargo deben terminar bruscamente más allá, siempre más allá... No hay miedo de caerse si se avanza demasiado, hay miedo de que el color y la forma, el sabor presentido, los olores que emergen como surtidores, no propicien la palabra indicada, que el nombre (gastado, envejecido por el uso y el maltrato) no sea el suyo, verdadero de cada cosa. Nombrar las mercancías, delimitarlas, evocar su bautizo, repelerlas al querer apropiárnoslas... Ya no son lo que fueron, al pasar, de distantes orígenes, a este lugar común que las distingue y unifica, han cobrado el prestigio de lo efímero elevado un instante por la saturación de su energía.

El mercado es el lugar de esta exaltación, pero al sobrevolar la mercancía el lugar desaparece. Es ella misma sola, cambiante y única, como la materia, pero

a la que aún espera un avatar final, ser cambiada en dinero. No importa, no importa, queremos los nombres, unos nombres de esclavos y de dioses, lo que entre sí murmura la materia escindida de ella misma para un postrer abuso por parte de los hombres... Inaudible, orgullo de los objetos que escalonan en filas, pirámides, entrelazamientos, de acuerdo con sus formas y texturas, y una colocación que ellos no han hecho pero que guarda su secreto; con vértigo volar sobre las pilas, los montones, el orden, el clamor silencioso. Orografía improbable, arquitectura desvelada, sorprendida bajo la luz artificial, la caída en picado desde la torre irisada de las latas de espárragos, de suaves esquinas, a las lechugas, los champiñones blancos, las zanahorias, el montón de judías verdes. En línea, las berenjenas, las fresas en carne viva, otra vez las judías verdes, los limones, los kiwis, las fresquillas.

Ya no hay posibilidad de detenerse, buscar equivalencias (¡aunque las haya!) pasos imprevistos, transiciones, descubrir lo que estas cosas dicen o son. Un mundo peligroso, no se sabe por qué. Con todo ello queríamos resumir el universo, pero las cosas se burlan del intento, son ellas, están solas. El proceso



que las torna instrumentos las ha vuelto intangibles. Las peras de San Juan, las cerezas, los albaricoques color fucsia y vainilla, los pimientos (verdes y rojos) los calabacines, las acelgas, las coliflores, otra vez las lechugas como en una recapitulación momentánea, las naranjas (algo ajadas), los espárragos trigueros, las setas, las sandías, los melones, las fresas, las brevas, del color de las berenjenas pero sin brillo, con una porosidad ajena a la tersura; las peras, las manzanas (rojas y verdes) los tomates, las cebollas, los plátanos, las patatas. Cada coma nos proyecta a otro nombre, cada nombre a algo que está más allá de él o que empieza con él, en un territorio vago, pantanoso, entre sílabas y aspereza de la piel y un olor a humedad, a tierra, a patata.

Por las patatas es como remontar una cordillera árida, un período inclemente que invoca aún en vano el encuentro del fuego. Pedregal inabarcable, de uno a otro hueco accederíamos al primordial fondo polvoriento, más una ácida punzada conduce al exterior, desde la cumbre oteamos los reinos de este mundo: estriados, sucesivos, rampantes. Un atisbo de espacios encharcados, y sin embargo del rosa al gris profundo.



Entrecruzamiento gris de las pescadillas, lacias, serpenteantes. Brillo de las escamas de los salmones, con la boca en forma de tenaza. Vaguedad rosa de los gallos, verdoso moteado de las truchas, plata y negro de los boquerones, tanteo de las antenas de los cangrejos, palometa acerada, granate de la sangre de los atunes. El congrio sinuoso, blanco, rosado, confusión de calamares sobre el hielo pulverizado. Los ojos nada dicen, es un error interrogar los ojos: tampoco es lícito evocar la cazuela humeante.

Por la pendiente suave, la carne elástica, blanca o ensangrentada, requiere otro ritmo que el vertiginoso de las verduras. Aquí la luz es blanca, se refleja en el hielo, no hay por donde esconderse. Por otro lado, los innumerables cuerpos troceados o abiertos moverían a la piedad si antes no hubiésemos acordado ese rango inexcusable a la mercancía, por encima de lo vivo y lo muerto. No obstante, son inevitables las analogías, la estrecha cabeza de las gambas, afilada en su extremo, nos recuerda a algún conocido insustancial y estúpido; y los lomos naranjas de las cigalas, dispuestas en cajas de material blanco, a fajos de billetes enrollados, colocados así por capricho o por método. Hay fundas para puros, manoplas, guantes, manos enrojecidas por el frotar la ropa en ríos hipotéticos, no exentas de espinas sin embargo. Suaves monederos en tonalidad ceniza y café con leche, puntas de flecha, mazos, serruchos ¿adónde nos conduciría este camino?

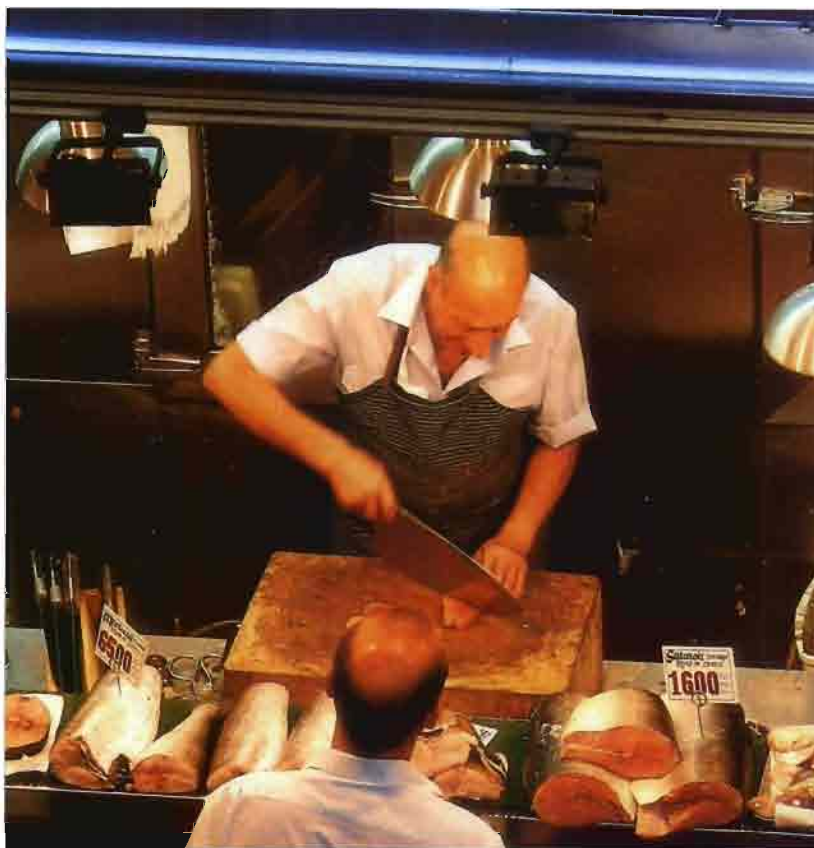
A trastocar los órdenes, a administrar un reino de símiles que vanamente nos arrojarían de equivalencia en equivalencia para acabar, de manera tan débil como inconsistente, el universo entero. Cuando lo que queremos es saber el objeto, de su firmeza que consiste en estar presente de golpe y por entero, en no consistir más que en sí mismo.

Muy bien; unas manos enormes presentan una masa color óxido claro, la tienden sobre mármol, se adapta dócilmente, se aplasta, no es posible moldearla del todo, tiene un límite su ductibilidad, no es barro al fin y al cabo. "Y sin embargo" dice un delegado de la Comisión del Hambre "es lo más parecido a nosotros. Aspire el olor

¿no es el olor de las casas del hombre, de la hora previa al mediodía, de las plazas ocupadas por castilletes con tejado de zinc donde gruesos personajes provistos con delantales en los que contra un blanco inmaculado destella más la sangre, afilan sus cuchillos y entre el vocerío del mercado requieren con mano experta una ancha espaldilla de cordero que cuelga del gancho un poco por encima, a la derecha?”

El olor, en efecto, nos produce en el acto un salvaje estímulo, una especie de beatitud alerta. Pero hay más, es más hondo, a medida que inspiramos estamos menos seguros: el olor del mercado es más que la suma de aquellos que lo componen, remite a un vacío, al gran hueco, al aire quieto sólo trastornado por el ruido de los cierres bajo las seis bóvedas en el mercado de La Cebada. Esto es algo que ignoran los devotos del espacio aséptico donde todo ha sido troceado en otra parte, lejos. Aquí corre la sangre. No como las fruterías o las pescaderías, los puestos de la carne están dispuestos de forma discontinua, la Comisión del Hambre tiene dificultad para extasiarse; señalan un grueso filete de lomo circundado por una banda amarilla con irasaciones violetas como si su existencia fuese a darles la razón de una verdad profunda. Del anaranjado juvenil de la ternera, al granate, al morado, la escala de los rojos y marrones despierta el lirismo de la Comisión.

Dos delegados se agarran de las solapas en una discusión acerca del espíritu inmortal preso en un solomillo. El ancho filo está llamado a despertarlo pero, de una calle recóndita del mercado, de una poca transitada vía de los límites, proviene el gotear rítmico, insistente, de una fuentecilla imprevista. Poco a poco domina el griterío, la Comisión se apaga, en lo alto, en la baranda del piso superior, sueña con el hombre que vimos al principio, hace el gesto de espantarse una mosca, un rayo de luz atraviesa las rendijas horizontales que se abren en la base de los arcos, incide en la plaza desierta y el hombre da con la mano un golpe en el hierro de la barandilla.



Renqueando, girando el cuerpo entero a cada paso, aparece el Hambriento, con su vestidura miserable en la que, recortada y cosida, exhibe una mandíbula entreabierta. La mirada pérdida, distraída por interiores cálculos, al instante recobra una agudeza y precisión máximas. Se diría que, de un sólo vistazo, traza el plano que le permitirá recorrer el laberinto y encontrar lo que busca. Busca su desayuno, éste ha de satisfacer un hambre desmesurada, cósmica, infinita. O simplemente salvar la distancia entre su necesidad y su poco dinero. Su piel, pálida y reluciente, parece pinchada desde dentro por los huesos, que carecen de otro recubrimiento. A pesar de la parálisis o cojera avanza con rapidez aterradora, ante la muda complacencia de los trozos de carnes (su letargo egoísta implacablemente iluminado) parece desamparado y amenazador.

A un gesto suyo todo lo que el mercado contiene se torna disponible, forma en fila en dirección a su garganta. Los tenderos, repeinados al aceite de oliva, escrutan lápiz en mano la movilización, intercambian desde cada lado de la calle miradas tensas de profundidad inexplicable; envían al chico por sacos de sal, barriletes de ostras, quesos, botellas oxidadas. ¿Este trozo de tocino veteado? ¿Medio queso

de bola de diez kilos con una tableta de chocolate incrustada en su centro? ¿Muchos litros de leche, azúcar y limones? El Hambriento pasa de largo, se tambalea, señala esto, lo otro y lo de más allá y no compra nada; los tenderos, en el fondo aliviados, murmuran "ya decía yo" y disparan el rechinar sarcástico de las máquinas registradoras que empuja al Hambriento más y más adentro del laberinto. ¿Una docena de huevos crudos? ¿Solamente pan, pero mucho y con mantequilla? Un melón, el más gordo; un troncho de lechuga limpio de hojas, no éste, ése otro, grande, más grande aún, como el pilar que sustenta la bóveda. Se detiene temblando, rebusca en su bolsillo, en su imaginación, en su estómago; con él iban las bocas descarnadas, las muelas averiadas de cascar almendras por ahí, y piedras. Le abandona, en su frente sudorosa, por un instante, se contempla el desierto en llamas y una cigüeña escuálida.

A otro golpe del hombre de arriba (o es acaso que, dormido en la barandilla ha dado con la frente contra ella) en otro extremo del mercado entra en

escena un rechoncho forrado de pieles y una capa de la que cuelgan perdices y conejos, zorrales, pollos crudos, piñones y alfajores. Gordas mejillas, papada, boquita dibujada, busca algo exquisito para el desayuno y se decide a entrar por la tercera calle dirección Este-Oeste, con el amargo cosquilleo de que no va a encontrarlo. Aromáticos riñones preparados a la plancha, era su idea de esta mañana. Pero ahora tal imagen se desdibuja, envejece en su lengua. Los tenderos inician su despliegue, hacen rodar los quesos manchegos sobre una gruesa tabla para hechizar al visitante; desfajan las langostas para que, traviesas y amaestradas, le retengan tirándole con las pinzas de las solapas o pellizcándole despiadadamente si llega el caso.

El Satisfecho estira su ajustada chaqueta pasada de moda y prosigue, ofendido, el paseo. Su mente alberga una cámara oscura por la que, con olor y colores reales, cruzan las diversas alternativas de su desayuno que combina con café puro, vino de Sicilia, caldo de corzo y vodka, Apolinaris o cerveza negra calentada a la brasa. Nada consigue ilusionarle y los





fondo Oeste. El Satisfecho, entretanto, se halla al Este, pero arriba, y la evolución de su movimiento (Mancha color indigo) le lleva directamente al puentecillo en construcción que cruza el hueco, sobre los puestos de la planta baja.

Podemos estar seguros de que no violará la valla interpuesta que impide el acceso al puente, lo que no sería el caso tratándose del Hambriento puesto que, como afirman los tenderos de abajo, la Necesidad es Atrevida. Así, rectificará hacia las escaleras pasando por detrás del hombre que sueña en la barandilla, con algún notable fenómeno de encuentro entre el soñador y su ectoplasma. Ese puente permitirá alcanzar una zona de pescado al Oeste, sin necesidad de circundar todo el piso superior. El mundo superior, que con este artificio pretende hacer olvidar su necesaria vinculación a la escalera, al piso, a la entrada principal, es más arcaico que el de abajo, los establecimientos que lo conforman, dispuestos en torno al patio como fichas de dominó, son más bajos, se continúan unos en otros en largas tiras

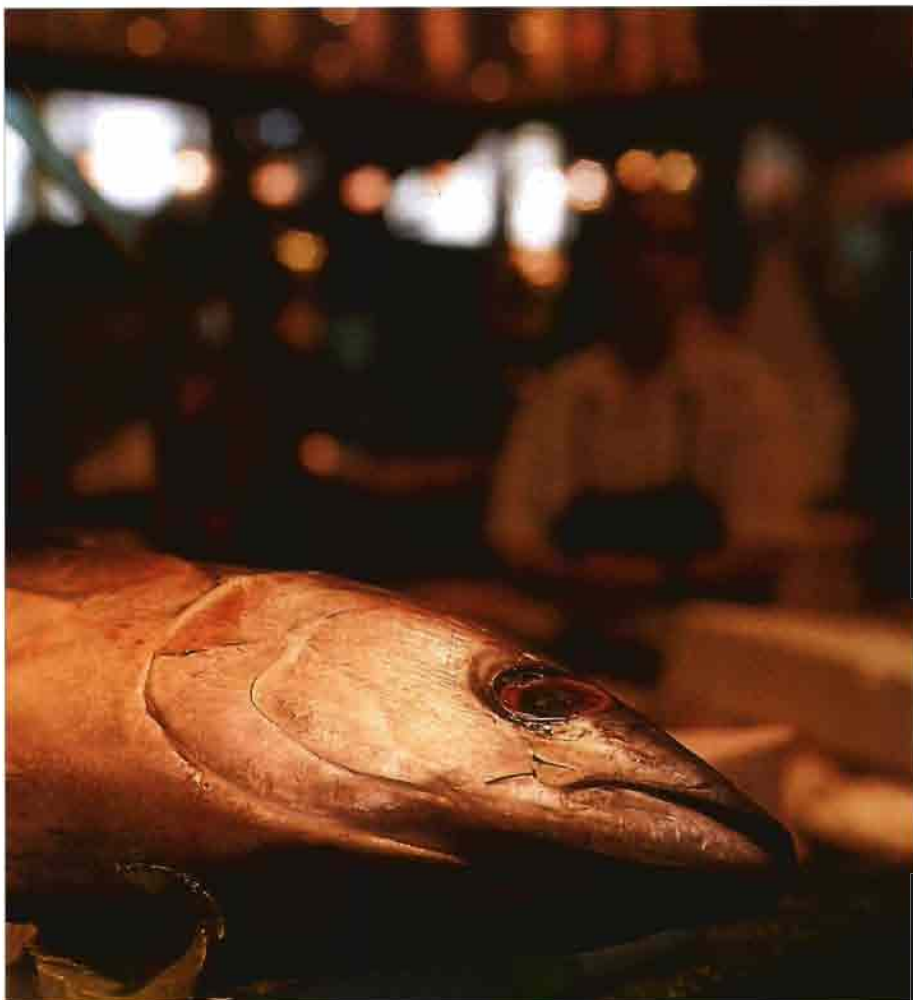
dependientes se encogen de hombros detrás suyo, a medida que se interna en el laberinto no sólo tendido en superficie, como un plano, sino estructurado en profundidad hasta la bóveda, confusa como el cielo diurno.

Un "clic" y entran las comparsas con carritos y grandes bolsas guateadas y negras. Un niño sentado en las escaleras observa con mirada insomne a otro niño, que amenaza con su cuchillito a un canchalejo evadido. Vienen de todos los ángulos con gafas oscuras y moños, un sabihondo exhibe, incluso, el bloc de notas y la estilográfica de ensartar palabras; siguen a los grandes personajes para corear sus hallazgos o la desesperación pura y simple de su búsqueda; se desplazan en torno a ellos configurando muchas manchas variables, como las que las zonas de calor presentan en los scanners. En la pantalla vemos cómo el Hambriento y su coro, representados por un nódulo rojo, avanzan con notable celeridad por la primera calle del ángulo Nordeste, en dirección sur, si bien su desviación predecible les conducirá a un pasaje sin salida en el

vertiginosas evocando su génesis aldeana, y sus precios son más asequibles; en tanto los de abajo, dispuestos como islas, exhiben mármoles y peceras, y lejos de la sublimidad de las bóvedas ennegrecidas y su idealismo, se asientan sólidamente en el suelo, en el sensato convencimiento de que "nadie consigue dar pesetas a dos duros" como repiten melancólicamente los tenderos de abajo en su fuero interno.

Ahora el Hambriento y su séquito han alcanzado el centro del mercado, en la planta baja, el misterioso lugar ocupado por una tienda de variantes, pero no desde luego la salida del laberinto. El Hambriento hace saltar chispas del pavimento con su cayado, una estriada vara de hierro, y con gestos imperiosos, en el colmo de una excitación que deslumbra a los crédulos, requiere "una ayuda" a figurantes despistados que retroceden contra las vitrinas. A través de la gran medialuna gris la luz del norte no delata el paso de las horas: los ojos de los pescados se fijan con insistencia en las celdillas hexagonales, en las que anochece.

El Hambriento ha desencajado las mandíbulas un par de veces en un intento de tomarle la medida a todo lo que cabe bajo las bóvedas. Finalmente, como apreciamos en la pantalla, ha ido a parar a un lugar bajo la escalera principal, donde hay una relojería. En la luz fluorescente los viejos despertadores expresan su conformidad con el tiempo "de antes"; los anocheceres de antes con su presentimiento de tranvías y barrios distantes a los que uno se encaminaría con la caja de cartón de galletas María bajo el brazo. Ante el escaparate del relojero el Hambriento se para, y cierra la boca. El Satisfecho no lo está en absoluto, su desayuno se ha transformado en un vago contemplar las estrellas en la bóveda oscura. Abajo, por todas partes,



se van encendiendo las naranjas doradas, los áureos melocotones, los plátanos. Los frutereros, distantes, deslumbrados, comentan la máxima de Heráclito de que si el fuego se apaga en una esquina deberá encenderse en otra, siendo su presencia invariable en el cosmos. Una figuranta, hecha de hojalata recortada, elogia la calidad del jamón cocido "La Selva".

– Yo siempre llevo a los míos a la Selva.

– Y luego a lo mejor no se lo agradecen –le contesta otra.

– Mire el color violeta y como quedan pequeños restos adheridos a la cuchilla...

– Eso que pierde. Pero yo creí que lo compraba por la lata. –(Flash de la gran lata triangular de jamón cocido "La Selva". En ella, una especie de Santa Claus salvaje enarbola una antorcha o una cerilla gigante). Largo silencio de las dos figurantes. Cuando le llega el turno, la primera pide cien gramos de un jamón rosa brillante que parece sintético.

– Yo siempre llevo a los míos a la Selva.

– ¿Y se lo agradecen? –Cuando se retira, la segunda se dirige al dependiente.

– ¡La selva! que farsante, como si hubiera algo fuera del mercado.

– Con el mercado es suficiente –contesta aquél empleado en tono vagamente afirmativo, que repercute en la mirada insegura de la figuranta en derredor.

– Sólo existe la mercancía –murmura ésta– Mire qué naranjas –Una pirámide de naranjas refulge, en efecto, produciendo una sensación de mundo verdadero más que de hiperrealidad.

– Los idealistas descreen de la materia –indica el dependiente en tono reflexivo– Para ellos todos sería reducible a un hombre sentado en su butaca al fondo de un jardín, con una manta echada por las piernas.

– ¡Como si alguien hubiera visto tal cosa! –El dependiente ahoga esta exclamación con el ruido de la máquina cortadora. Un individuo de mofletes inflados, vestido con una americana príncipe de

Gales que le viene estrecha pide, con gesto displaciente, probar la cecina leonesa. Mordisquea el trocito que le tienden y se va sin dar las gracias.

El Satisfecho pone por fin una monedita dorada en la mano del Hambriento, quizá la que le faltaba para adquirir el bocadillo de atún con pimientos que ambicionaba a última hora, pero es demasiado tarde. Los tenderos aparecen vueltos hacia el interior de sus establecimientos, limpian los útiles, se peinan ante diminutos espejos fijados entre columnas de latas de conserva.

Es tarde, los figurantes lo saben y deambulan tristes o aturdidamente por los pasajes, aspirando aún el aroma polvoriento, fresco y ácido en que se resuelven los olores del mercado; presienten que una palmada o un golpe seco ahí arriba les devolverá a la noche, al silencio del que proceden. "Tampoco hoy" murmuran a través de sus dientes picudos, recortados en lata. "Tampoco hoy". El ruido feroz del primer cierre que cae con el tirón del largo gancho metálico, les estremece; los tenderos, distraídos, hacen indicaciones postreras a sus subordinados, si los tienen, y entre ellos se consuelan a medias. "Por

una partida de yogures pasados de fecha tampoco vas a dejar de pensar que Dios existe..."

Es hora de apartarse de la mercancía, ésta retiene su secreto. En una calle de los márgenes que bordean puestos cerrados y montañas de cajas, hemos oído que tal secreto haría de los figurantes seres humanos. ¿Cómo? ¿Hay algo de los hombres en las cosas? ¿Lo que les falta a esas marionetas anodinas que hemos visto correr por el laberinto durante la jornada?. El susurro, tras la puerta entreabierta, nos encandila como un último misterio del mercado antes del cierre. (¿Pero el mercado no cierra? ¿El mercado es siempre? prorrumpen los fervientes) más las voces cesan al instante al percibir nuestra presencia. Nos dirigimos a la ancha escalera, ya con el único propósito de que el hombre que sueña arriba despierte, y continúe mirando y nos libere de esta ficción inquietante. Pero su lugar está vacío, ha tenido que irse, acaso como un figurante más. Sobre el puentecillo no se ve luz alguna, ni una estrella, y nosotros también tenemos que salir. □

JUAN CARLOS SANTAMARIA.
Escritor

